PRESENCIA

UNIDAD DE ACTITUDES

No faltan quienes confiesan su adhesión al planteo de PRESENCIA en lo que se refiere a la política interna pero que señalan su discrepancia en el conflicto internacional. Sin embargo, creemos, que una y otra posición están íntimamente vinculadas; y que no se puede, si se quiere ser consecuente, rechazar, en lo substantivo, la actual política argentina y ser neutralista, o ser neutralista y dejar de adherirse a la actual política del justicialismo.

Nosotros, porque primariamente somos anticolectivistas, no aceptamos bajo ninguna condición y con ningún pretexto un régimen que quiere "organizar" al hombre. El hombre puede y debe organizarse como se organiza un ser vivo, diferenciándose y estructurándose desde adentro, por el empuje de la propia fuerza vital; pero no puede admitir una organización que le sea impuesta desde fuera o por la fuerza de la propaganda o por la coacción ejercida en base a sus necesidades elementales. Por esto mismo, estamos fundamental y primariamente contra el comunismo soviético, el más monstruoso de todos los regímenes que ha conocido la historia.

Cuando de alguna manera se acepta que un cierto y relativo colectivismo puede ser bueno, se llega también, aunque se formulen protestas en contrario, a considerar como menos malo el comunismo soviético. Tal lo que acaece en el laborismo inglés o en los movimientos europeos teñidos de marxismo, o en el justicialismo o en los neofascismos y en los nacionalismos "cerrados" y "de fuerza". Todos estos movimientos, por el colectivismo que trabaja sus raíces, se hallan emparentados —aun, tal vez, sin saberlo— con el comunismo soviético. Una fuerza secreta los empuja hacia éste. Y aunque con palabras pronuncien contra él sentencia de repudio, una afinidad profunda los impulsará a colocarse de su lado, cuando contra él se entable lucha decisiva. Porque el espíritu gregario es una realidad sociológica con una dinámica social que brota de internas exigencias.

PRESENCIA



LA TERCERA POSICION

En nuestro último editorial, *Las dos Argentinas*, hemos rechazado dos corrientes que habrían querido modelar la vida de nuestro país; una, que hemos calificado de laicista, liberal y capitalista, y otra, que hemos caracterizado de fascista, totalitaria y colectivista. Ni la Argentina de ayer ni la de hoy se encauzan en las corrientes seculares de la Argentina profunda, vale decir, de aquella que se ha nutrido con los jugos milenarios de la Cristiandad con que nos alimentó Europa, sobre todo a través de España. En su alocución sobre *El Gran Retorno*, Pío XII denomina a estos principios de civilización, "principios naturales y cristianos que fundan la justicia efectiva en el respeto de las libertades legítimas". Porque ellos conjugan en una forma plástica, con la plasticidad de cuanto proviene de la vida, las libertades de los ciudadanos con el ordenamiento social, la iniciativa de la empresa y propiedad privada con la distribución más amplia de las riquezas. Conjugación difícil que sólo puede obtenerse en el milagro de una sociedad verdaderamente humana, la cual, a su vez sólo es fruto de un principio más alto que el hombre, del cual se halla ésta suspendida.

Como decíamos en nuestro editorial *Simplismo y Economía*, una sociedad no debe descansar ni en la fuerza del Estado, ni en la fuerza de la riqueza, ni en la fuerza de los obreros organizados, sino en la fuerza de esa realidad profundamente humana que es el derecho. Cicerón recogía lo más genuino del pensamiento tradicional cuando definía a una república, diciendo: *Es por tanto la república, cosa del pueblo (res populi); pero pueblo no es cualquier grupo de hombres sino aquel agrupamiento de la multitud asociado por el consentimiento del derecho y por la común utilidad.* (*De rep.* I, 25).

El derecho constituye la substancia misma de la vida civilizada. Pero, a su vez, como recordaba Pío XII este mismo año, hablando a los participantes al primer Congreso Internacional de Derecho Priva-

AÑO II - Nº. XLII

do (*Osservatore Romano*, 17-18 julio 1950) la Iglesia afirma "que, para regular las relaciones mutuas en el seno de la gran familia humana, todo derecho tiene su raíz en Dios". Y añadía: "He aquí porqué, rechazando el positivismo jurídico extremista que atribuye al derecho su "santidad" propia y como autónoma, aureola a éste con una más sublime y real santidad, obligando a la fidelidad a la ley a todo católico y aún a todo hombre convencido de la existencia y de la soberanía de un Dios personal".

La civilización verdadera descansa en el derecho, y el derecho verdadero, a su vez, tiene su raíz en Dios. Por ello, son detestables tanto una sociedad, en que el Estado de derecho surge de la voluntad de los ciudadanos, como aquella en que el Estado se impone por la prepotencia del mismo Estado.

Pero entonces, ¿una tercera posición?

Las corrientes que hacen sentir su fuerza en el mundo de hoy son liberales y capitalistas por un lado y estatistas y colectivistas por el otro. Proclamar otra posición fundada en el reconocimiento de los derechos naturales y cristianos, es introducir una tercera posición. Pero ello, a su vez, podría implicar el hacer causa común con el justicialismo peronista ya que éste parece identificarse con la tercera posición. En efecto, el P. Hernán Benítez, en su artículo *La Argentina de ayer y de hoy*, hace la apología "de la tercera posición o del justicialismo" (*Revista de la Universidad*, Nº 13, pág. 47) y el Organo de la Confederación General del Trabajo, en su número del 10 de noviembre del corriente año, dice: "La tercera posición argentina, ideal básico de la política del General Perón, acaba de ser recogida por el Sumo Pontífice en su encíclica *Menti Nostrae* dirigida a los sacerdotes del mundo católico para estimularlos en ocasión del Año Santo como exigencia de su ministerio y como condición para la fecundidad de su apostolado".

Por otra parte, no sólo el peronismo sino otras tendencias levantan en nuestro país esta causa de "la tercera posición" como la única postura que corresponde adoptar en el actual conflicto mundial entre el bloque de los países occidentales encabezado el uno por los Estados Unidos y el otro por el de los que se encuentran bajo el yugo de la Rusia soviética. Estos movimientos, cuyo saber en la materia no parece superar al de la C.G.T., invocan asimismo la autoridad de la Iglesia para justificar su posición neutralista en el actual conflicto mundial.

Tres cuestiones bien determinadas deben ocupar nuestra atención: La primera, en qué términos se plantea la verdadera y justa posición que nos aleje de los errores del liberalismo y de los errores del socialismo; la segunda, dónde ha de ser ubicado el justicialismo peronista; la tercera, qué actitud corresponde adoptar en el conflicto mundial, en virtud de la verdadera y justa posición.

Existe una legítima posición por encima del iluminismo, tanto burgués como socialista.

La Iglesia no prometió nunca sino una felicidad muy relativa en la vida presente. Porque la tierra es un valle de lágrimas para los ricos y para los pobres, para los sabios y para los ignorantes. No tenemos aquí ciudad permanente y corremos detrás de la felicidad absoluta que sólo se nos da en la posesión indeficiente de la divina visión. Por otra parte, tanto la felicidad absoluta de la vida futura como la relativa de la presente, sólo pueden ser alcanzadas si el hombre, respetando las relaciones esenciales del universo, se coloca en dependencia de las prescripciones ordenadoras de la ley natural y divina. Pero desde hace más de dos siglos el hombre se ha ilusionado con otra fantasía. Porque como dice Pío XII en *El Gran Retorno*, "a su real fisonomía de criatura, que tiene origen y destino en Dios, se ha substituído el falso retrato de un hombre autónomo en la conciencia, legislador incontrolable de sí mismo, irresponsable hacia sus semejantes y hacia el complejo social, sin otro destino fuera de la tierra, sin otro fin que el goce de los bienes finitos, sin otra norma que la del hecho consumado y de la satisfacción indisciplinada de sus concupiscencias". El iluminismo había de devolver al hombre la luz y la felicidad de que le habían despojado las tinieblas medievales.

Este ideal esbozado por los filósofos ingleses Hume, Hobbes y Locke y difundido por los sofistas franceses como Montesquieu, Voltaire y Rousseau, podía expresarse en aquel compendio de principios del iluminado Weishaupt que trae el *abbé* Barruel en sus *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme* (1798). "La igualdad y la libertad, dice allí, son los derechos esenciales que recibió el hombre de la naturaleza. El primer ataque a esta igualdad fué perpetrado por la propiedad; el primer ataque a la libertad fué perpetrado por las sociedades y los gobiernos. Los únicos apoyos de la propiedad y de los gobiernos son las leyes civiles y religiosas. Por tanto, para restablecer al hombre en sus derechos primitivos de igualdad y de libertad, hay que empezar por destruir toda religión, toda sociedad civil y acabar por la abolición de la propiedad".

En este enunciado está contenido no sólo el liberalismo sino también el socialismo. En realidad la secta de los iluminados de Weishaupt no hacía sino renovar el programa iluminista de albigenses, cátaros, patarinos, búlgaros y begardos y aún el de las antiguas sectas de maniqueos y gnósticos. Este programa, que constituye el fondo más profundo de las herejías, no logró categoría de reconocimiento en las sociedades cristianas sino con el advenimiento del liberalismo y del socialismo que fué proclamado en la Revolución Francesa. Porque si bien en ésta se afirmó expresamente el liberalismo del hombre burgués, también se cultivaron los gérmenes del socialismo. Es muy significativa la influencia de Barnave y de Babeuf en la Revolución, como lo ha demostrado E. Faguet (*Le socialisme en 1907*). Y el mismo liberalismo tal como fué predicado por Voltaire y Rousseau contenían el socialismo, y el socialismo de Marx y de Lenin, por su parte, contenían el liberalismo. Porque, en substancia, una misma cosa enseñan los heresiarcas de la *libertad* y los de la *sociedad*, aunque proponen métodos diversos. Los unos quieren llegar al más perfecto y armónico orden social, a través de la más ilimitada libertad; los otros pregonan que el hombre ha de llegar a la más ilimitada libertad a través de la provisional dictadura del proletariado.

A la mejor sociedad, a través de la libertad; a la mayor libertad a través de la más fuerte sociedad, son dos caras de un error más profundo que pretende deificar al hombre, sea en su dimensión individual o libertaria, sea en la social o colectivista, con la ilusión de que así logrará la felicidad de un primitivismo mesiánico. Por esto, frente a esta herejía que glorifica la soberbia humana, la única posición justa y salvadora la propone la Iglesia al recordar nuestra condición de creatura, hecha a imagen de Dios, que encuentra su dignidad y grandeza en la dependencia misma de la Plenitud divina.

Frente entonces a un sistema social que diviniza *la libertad* del hombre y frente a otro sistema que diviniza su carácter *social*, se halla la doctrina verdadera, que, negando el carácter absoluto de la libertad y de la sociedad, coloca la dignidad de una y otra en su justa y proporcionada limitación. Por encima, en consecuencia, de la lucha más o menos pareja que enfrenta hoy al liberalismo y capitalismo con el socialismo, existe una lucha más radical y profunda entre estos sistemas que hacen del hombre un "Dios" y la doctrina católica que reduce a aquél a su condición de criatura. La doctrina católica sobre el hombre y la sociedad no puede concebirse a manera de una "tercera posición" que disputaría en el mismo plano con liberales y socialistas. Ella se opone de manera radical y profunda a aquel principio-madre de donde arrancan el liberalismo y el socialismo. No hay dificultad en denominarla "tercera posición" con tal que se la caracterice con aquellos atributos que le corresponden en una posición ubicada por encima de uno y de otro error, aunque conjugando lo que de verdadero uno y otro pudieran contener, a la manera que la cima de un monte, superando todos los puntos que se encuentran en el llano, en cierto modo los contiene y conjuga a todos.

¿Es el justicialismo una tercera posición entre liberalismo y socialismo?

La doctrina social de la Iglesia se opone al sistema liberal individualista y al sistema socialista. No es esto de ahora como pareciera imaginarlo el órgano de la C.G.T. Y no lo es sobre todo porque la tercera posición del Gral. Perón acabe "de ser recogida por el Sumo Pontífice", como se dice allí. Hace ya sesenta años de la *Rerum Novarum* y de las otras encíclicas de León XIII, y en ellas se censura igualmente al liberalismo y al socialismo. Y hace más de un siglo que Balmes y Donoso Cortés repudiaban uno y otro sistema en nombre de los principios sociales de la Iglesia.

Si bien se reflexiona, una doctrina verdadera como es la de la Iglesia se halla integrada por muchas proposiciones verdaderas que forman un conjunto armónico. Negar algunas de ellas o alterar su justa dependencia y equilibrio, implica dar origen no a un sistema falso, ni a dos ni a tres, sino a un número ilimitado.

La verdad es indivisible. El error, en cambio, que es un alejamiento de la verdad, admite innumerables grados. Frente a la doctrina verdadera de la Iglesia pueden darse un sinnúmero de sistemas que varían desde un liberalismo más o menos absoluto hasta un colectivismo también más o menos absoluto. Caben, repetimos, no una, dos o tres posiciones sino las infinitas que pueden engendrar las negaciones que se hagan de la verdad. Esto ha de ser tenido cuidadosamente en cuenta para apreciar y situar muchos sistemas intermedios que se presentan hoy como "tercera posición". ¿Implican estos sistemas una superación *esencial* del liberalismo y del socialismo o son simplemente formas diluidas y de compromiso entre uno y otro sistema? La pregunta cabe sobre todo en nuestro caso respecto al justicialismo peronista. ¿Es ésta una verdadera tercera posición?

Nuestra tesis la hemos expuesto reiteradas veces en términos inequívocos, particularmente en "Hacia un nacionalismo marxista", "Populismo" y "Colectivismo". El justicialismo no es un comunismo realizado pero sus resultados conducen hacia él. Es un movimiento que sale del capitalismo y camina hacia el comunismo. Se encuentra más o menos en circunstancias parejas con las de aquellos grupos socialistas, como el de los populistas y menchevistas, tan duramente censurados por Lenin, pero que prepararon el camino a la dictadura del proletariado en Rusia. Hasta es posible una afirmación más precisa. Las actuales realizaciones coinciden casi plenamente con la primera de las cuatro fases en que se distingue la economía soviética. Porque como establece Ch. Bettelheim en su importante obra titulada *L'Economie soviétique* y publicada este año de 1950 como formando parte del autorizado *Traité d'Economie* de Gaetan Pirou, la primera fase implantada por Lenín era tan sólo un "capitalismo de Estado", con medidas que "no comprendían la socialización de los medios de producción sino que buscaban esencialmente establecer un estrecho control del Estado sobre las principales operaciones bancarias, comerciales e industriales".

"Lenín, añade Bettelheim, no proponía que fuesen tomadas, al día siguiente de apoderarse del poder el partido bolchevique, medidas directamente socialistas. Pensaba por el contrario que no podían tomarse sino más tarde, cuando se hubieran afirmado las bases del Estado soviético..." (*ibid.* 6); y así se opuso enérgicamente a la adopción de

estas medidas, como lo consigna categóricamente en su folleto de marzo de 1918; "sobre el infantilismo de «izquierda» y el espíritu pequeño burgués". Estimaba que la marcha de las empresas y el funcionamiento de la economía en general estaban momentáneamente mejor asegurados si la gestión quedaba en manos de los que tenían la práctica de los negocios, aunque bajo el control de los obreros. De aquí que exhorte a los obreros a que aprendan "al lado de los organizadores de los trusts" y a que aprendan a organizar el capitalismo de Estado porque éste, "bajo el poder de los soviets, es la antecámara del socialismo y la condición de una victoria duradera del socialismo". (Lenín citado por Bettelheim, *ibid.* 8).

La tercera posición del justicialismo, que pretende ser irreductible al comunismo, es un paso intermedio que, por sus consecuencias, en él ha de desembocar. La organización gremialista, adjudicando a los grupos obreros organizados el manejo y la decisión de los problemas del país, no puede tener otro corolario lógico que el gobierno efectivo en manos de un grupo que se arroga la representación del proletariado. En ese caso, todo el país sería organizado en vista de satisfacer el bienestar material de la masa industrial asalariada. Que este sea el camino del justicialismo lo acaba de confirmar la Confederación General Universitaria hecha apéndice de la C.G.T. En la cúspide de la vida nacional van a prevalecer los intereses de los obreros del riel, de la alimentación y de la madera.

Pero esto concuerda con los principios comunistas. Porque se puede caer en el comunismo y comunismo efectivo, abominando de este vocablo y de Marx y de Lenín. Lo que interesa son las estructuras sociales que se crean, y no las denominaciones y los propósitos que se persigan. A veces no faltan quienes invocan el Evangelio para teñir esas estructuras, o como acaba de hacerlo Vicente Sierra en su grueso volumen de 610 páginas, *Historia de la ideas políticas en Argentina*, quienes recurren a Santo Tomás para apadrinar el justicialismo. Pero si esas estructuras sociales de tal suerte han sido organizadas que la suprema decisión de la vida del país corresponde a los obreros organizados, sea a Marx, sea al Evangelio y a Santo Tomás a quienes se adjudique el patrocinio, ellas son en sus resultados esencialmente comunistas. Y aunque momentáneamente la religión sirva de excusa para justificar esas estructuras, ya llegará el momento en que el dinamismo de las realidades sociales, por un automatismo inevitable, repelerá de sí ese revestimiento religioso.

En definitiva, que el poder estatal colocado primeramente al servicio del proletariado organizado, es camino seguro de la dictadura del proletariado.

La tercera posición y los neutralistas en el conflicto internacional.

En el problema de la vida, de la manera cómo se ha de concebir la vida, corresponde una posición cristiana, alejada del liberalismo y del socialismo. Pero, en cambio, no corresponde una tercera posición en la tercera guerra mundial que ya se ha hecho presente en el mundo. Porque aquí, aquella concepción, precisamente en virtud de su carácter racional y cristiano nos prescribe que no permanezcamos indiferentes y pasivos frente a la agresión comunista que, dueña de más de la mitad del mundo, amenaza con anegar en el caos rojo la totalidad de la vida civilizada.

La astucia comunista ha logrado desgraciadamente penetrar con sutileza en las mentes de muchos jóvenes, aún católicos, para convencerlos o de que el comunismo no es tan peligroso o de que al menos no lo es tanto como podría serlo el imperialismo americano. Hasta no faltan quienes hacen alarde de desear el terror rojo para purificación de los pueblos cristianos y quienes se atreven a sostener que la voluntad de lucha contra el comunismo en muchos se explica por su resistencia a un cristianismo heroico y al martirio.

Pero es fácil advertir que los que así hablan no saben lo que dicen. El grado de peligrosidad del comunismo hay que medirlo por su terrible y continuado poder expansivo que, desde los días en que hace cien años fué creado por Marx, amenaza ocupar la superficie de la tierra. Es un enemigo astuto y tenaz que sabe lo que quiere y cómo lo ha de alcanzar y que no retrocede ante ningún medio. Como lo vienen advirtiendo los Pontífices desde Pío IX en el siglo pasado, su objetivo es la destrucción total de la Iglesia y de toda huella de Dios, de familia y de dignidad personal en el mundo. No es un simple imperialismo. Es el imperialismo absoluto y total del materialismo ateo.

Desear el advenimiento de un régimen de esta índole, confiando en que de él pueda salir un pueblo purificado para asimilar luego con mayor fruto un cristianismo hondo y auténtico, es una temeridad. Porque, ¿quién ha dado garantías de que ha de renacer un cristianismo que ha sido primeramente extirpado? No hay duda que Dios puede permitir un momentáneo triunfo del comunismo para purificación de los pueblos. Pero, ¿de dónde presumir el conocimiento de los designios divinos? Y aún entonces, siendo el comunismo malo, ¿no nos asiste la gravísima obligación de repelerlo con todos los medios a nuestro alcance? Además, no podemos olvidar que no siempre las persecuciones han dado frutos de vida cristiana. Porque en regiones dilatadas del Asia Menor y del norte del Africa han agostado la práctica del cristianismo y en países como Inglaterra estuvo proscripto el catolicismo durante varios siglos; y finalmente, si el mundo se halla hoy infectado de los mortíferos males del liberalismo y del socialismo, es porque antes terribles persecuciones y guerras religiosas, durante los siglos XVI y XVII, han suprimido totalmente en algunas partes y debilitado en otras, la fuerza de la influencia católica. Los que tan generosamente entregan los países al terror rojo para que sean purificados y que de tan poca monta consideran el clima de libertad para la misión de la Iglesia, ¿por qué no se trasladan ellos con sus familias a aquellas tierras de purificación?

Nuestra obligación —entiéndase bien, obligación— no ha de ajustarse a hipotéticos designios divinos que hemos alimentado en nuestra imaginación, sino a las normas ciertas y determinadas que nos impelen como a varones a defender los altos bienes de la vida civilizada. Sólo los que sepan cumplir con este deber, y cumplirlo con espíritu cristiano, podrán también ponerse en condiciones de merecer la gracia del martirio. Porque es ésta una gracia que nadie puede presuntuosamente buscar. De aquí que enseñen unánimemente los teólogos que incurre en pecado grave quien se expone sin necesidad al martirio. Pues "nadie debe dar a otro ocasión de obrar injustamente, aunque deba tolerarlo con moderación y paciencia cuando así obrare", según enseña Santo Tomás (II. II. 124, 1, ad 3).

Cuando se adopta como norma de vida el programa cristiano se tiene que estar dispuesto al cumplimiento del deber. Y deber ineludible, concreto y positivo es defender la santa religión y los valores de vida civilizada amenazados hoy por el comunismo. Y como ante un enemigo astuto y fuerte —bien lo revelan los últimos acontecimientos de Corea— la única defensa eficaz *de inmediato* es la militar, hemos de ejercer esta defensa, al lado y junto con quien dispone de este poderío. La cooperación en la empresa militar en que están empeñados los Estados Unidos en contra del comunismo ateo es obligación de todo varón responsable del mundo civilizado. No hablamos del tipo de cooperación. Sino de la necesidad de la cooperación y afirmamos que todo indiferentismo y actitud neutralista es un positivo apoyo al comunismo, que se da por satisfecho con ello en pueblos en quienes corresponde la lucha.

Hablamos también de cooperación militar y a los fines militares y no de cooperación al ideario de vida de los Estados Unidos. Por el contrario, creemos que los pueblos que mantienen hoy un ideal de vida todavía más o menos sano, han de vincularse y estrecharse entre sí para hacer gravitar en las decisiones que interesen a la vida, estos principios de salud. La fuerza, eficacia y robustez de los principios de convivencia que poseemos han de mostrarse en el dinamismo de los acontecimientos en que nos toca estar presentes y actuar. Si nuestros pueblos, por la confusión en que se mueven por deficiencia de sus conductores o de sus núcleos dirigentes, no saben discernir en qué punto preciso ha de ubicarse una tercera posición y cómo ha de concebirse ésta y si, por el contrario, confunden las cosas y los planos y llaman posición de orden a un sistema que lo desordena todo o se declaran neutralistas allí donde se impone la grave obligación moral de intervenir eficazmente, ¿con qué derecho recriminan y censuran al único pueblo cuya juventud derrama su sangre para que no caiga el mundo bajo el terrorismo comunista?

PRESENCIA

SONETO

Para qué pronunciaros, substantivos,
mudas palabras, desteñidos gestos
que obscurecéis el aire, sólo restos
de estériles fracasos sucesivos.

De qué vale deciros, adjetivos,
signos inútilmente superpuestos,
si unos tras otros acabáis depuestos
y volvéis a las sombras, fugitivos.

Déjame sin embargo que prosiga
intentando sembrar un desenlace
menos perdido, alguna flor que alfombre

la huella de tu firma, algo que diga
tus dulces iniciales y se abrace
al arco persuasivo de tu nombre.

AUGUSTO FALCIOLA



LA NUEVA COMPLICACION BELICA EN EL ASIA

Para encarar la nueva complicación bélica surgida en la frontera coreano-manchú, poco tendríamos que agregar a lo que dijimos en estas columnas (14. VII. 50) hace cuatro meses y medio, al iniciarse la agresión comunista. Sostuvimos entonces que en la circunstancia de estar el ejército de la UN compuesto principalmente por tropas norteamericanas, había un elemento tranquilizador, que parecía asegurar la localización del conflicto; pero que, como Rusia estaba comprometida, aunque indirectamente, y no podría quedar indiferente a la derrota de su satélite, el peligro de complicaciones ulteriores era enorme. Y en efecto, la gran potencia occidental de turno en el puesto de gendarme internacional, pudo, como debía suceder, con el pequeño país que salió a hacer el papel de perturbador. Pero afectado en su prestigio mundial el comunismo, la complicación se ha producido.

El pronóstico sobre el desarrollo eventual de los acontecimientos en un futuro inmediato, es hoy dificilísimo como lo decíamos ayer. Pero no tanto. Pues el hecho de haberse cumplido los temores que abrigábamos, de que el comunismo no pudiera soportar la derrota de uno de sus miembros, confirma la exactitud de nuestro esquema sobre la forma en que el conflicto se halla planteado entre oriente y occidente. Y dada la mayor importancia de la China comunista, que la de Corea del Norte, es mucho más probable el estallido de la tercera guerra mundial con motivo de la nueva crisis que de la anterior. Tampoco ahora es dudoso el triunfo del ejército de la UN sobre el de Mao Tsé Tung. Pero si el comunismo mundial se ha visto precisado al intento de reparar el fracaso de los nord-coreanos, es seguro que se empeñaría más aún en salvar a los comunistas chinos de un suceso similar. Con lo que los peligros que se ciernen sobre la paz han aumentado gravemente.

Como a mediados de año, sigo creyendo que el estallido de una nueva conflagración depende exclusivamente de Rusia. Porque como lo muestran los hechos cotidianos, ella es la que tiene la iniciativa. En occidente no faltan los partidarios de la guerra preventiva. Pero una medida de esta especie haría perder al mundo occidental gran parte de su fuerza, que consiste precisamente en abstenerse de toda agresión, por oportuno que crea el momento en que aún conserva superioridad atómica sobre el bando rival. Por su parte la misma Rusia dudará mucho antes de asumir la responsabilidad de declarar la guerra. El estrago cósmico que puede acarrear una guerra con las armas de que disponen las dos grandes potencias que se disputan la preponderancia mundial es una incógnita tan peligrosa que nadie lo arriesgará a la ligera. Pero la rivalidad existente entre ambas parece tan insoluble, que no se vé cómo podría resolverse pacíficamente.

Lo probable es que las complicaciones bélicas vayan encadenándose, sin formal declaración de guerra de una y otra parte, hasta que el empeño de uno de los grandes rivales se vuelva total, y arrastre al otro a una lucha de vida o muerte. Por lo que se va viendo, la tercera guerra mundial del siglo XX se parecerá más a las de otras épocas que a las de la nuestra. Los principales actores tratan de evitar el choque directo. Pero irán acercándose a él, por el camino aparentemente más apartado.

Tal como estaban las cosas en 1945, creo que la evolución histórica del último lustro ha sido la mejor posible para el mundo occidental. La opinión corriente tiende a sobreestimar la maniobra de los hombres del Politburó, a quienes atribuye no sin fundamento, una gran capacidad. Pero a mí me parece evidente que se debe restar algo de admiración. Porque esa maniobra, si bien les ha hecho conquistar en Europa y Asia ilimitada influencia en la mayor parte del mundo, ha provocado una reacción norteamericana que hoy por hoy es la única salvaguardia de la civilización occidental. Reacción que, sin la maniobra rusa, tal vez no se habría producido.

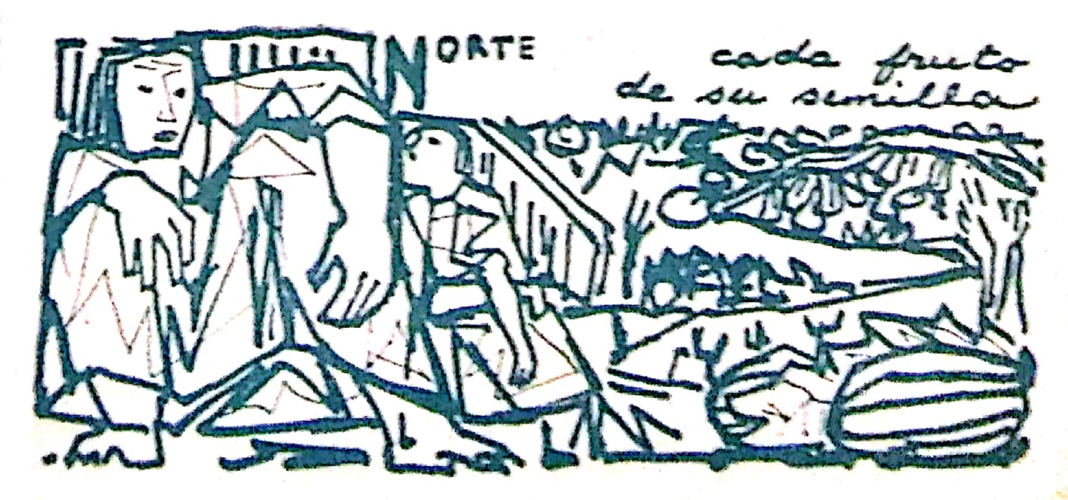
En 1945, al terminar la guerra, los norteamericanos parecen haber creído que todo estaba resuelto. El indicio más fehaciente es que en el primer tratado de ayuda financiera a Inglaterra, por el que le prestaron cuatro mil millones de dólares, le impusieron la obligación de pagar a los países de Ibero-América los créditos excesivamente generosos que, como ninguna otra parte del mundo, habían otorgado nuestros Estados, para costear los suministros de guerra. Sin duda pensaban que la política mundial no presentaría ya problemas, una vez resuelto el más importante con la derrota de los agresores por antonomasia, coaligados en el Eje Roma-Berlín-Tokio; y que en adelante todo se arreglaría con medidas económicas. Para lo cual, el saneamiento de la economía ibero-americana era indispensable. Así lograron que los ingleses nos ofrecieran en venta los ferrocarriles; y que cuando hicimos con ellos una sociedad mixta, la vetaran en Londres. Si no cobramos todos nuestros créditos de guerra, no fué sino porque no quisimos. Además los dólares que recibimos por las exportaciones de pos-guerra, hasta que Inglaterra decretó la inconvertibilidad de la libra, se debieron a otra de las imposiciones norteamericanas sobre Londres. En la misma forma viéronse los ingleses obligados a entregar los ferrocarriles, y otros intereses, que tenían en los restantes países de nuestra América. Pero la desaforada maniobra rusa en Europa oriental cambió todo eso. Y despertó a los yanquis a la evidencia de que la política internacional era tan necesaria después de la derrota del Eje, como antes. Y ese despertar, que había sido lento y perezoso, como el de toda democracia liberal, volvióse completo a raíz de la agresión comunista en Corea. Al punto de que los razonamientos políticos en Norte América van adquiriendo un realismo que jamás habían tenido. No ya en los hechos (donde evidentemente no

SOBRE EL SAN MARTIN

Al publicar *"San Martín. Sus relaciones con Don Bernardino Rivadavia"*, realizó Luis Roberto Altamira obra evidentemente positiva, pues resumió en un libro que frisa en las ochenta páginas, un espinoso tema de la infortunada historia patria: la clase de vínculos que existieron entre José de San Martín y B. Rivadavia.

A pesar de que Altamira —no exento tal vez de cierta dosis de presunción— asegure que "aunque muchos historiadores han reconstruído la vida del General San Martín, ni uno solo de ellos ocupóse de sus relaciones con Don Bernardino Rivadavia" (p. 7), nos parece tal afirmación bastante precipitada. Creemos, por el contrario, que el *affaire* "San Martín-Rivadavia" preocupa desde hace mucho a los historiógrafos argentinos. Lo que no quita que se hayan silenciado, por motivos inconfesables, las actividades rivadavianas perjudiciales al prestigio de n u e s t r o "más grande hombre civil".

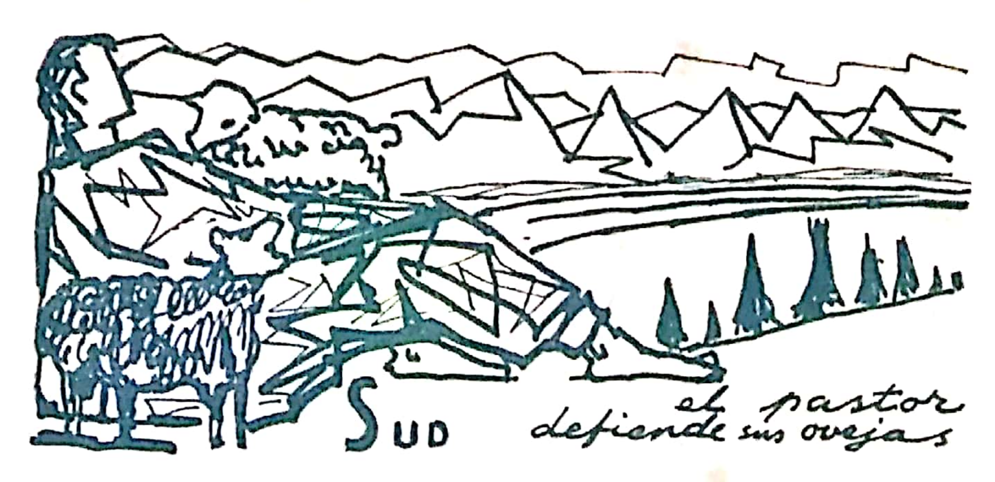
En efecto, la biblioteca de la Facultad de Derecho de Buenos Aires posee un ejemplar del folleto *"San Martín y Rivadavia y la dualidad de su misión en la Filosofía Política de la Historia Argentina"*. Data de 1880 y pertenece al Dr. José F. López. El mismo Vicente



les había faltado) sino hasta en las palabras. Todo ello gracias a la maniobra rusa. Y de no haber sido por esta, pudo haber sucedido lo que entre 1918 y 1939. Que una gran potencia, al parecer reducida a extrema debilidad, sorprendiera a sus ex-aliados (como Alemania a sus ex-vencedores) con una fuerza que exigió la coalición de la mayor parte del mundo para reducirla.

Contra toda apariencia, y pese a todos los peligros que ella implica, yo me felicito de la incesante maniobra comunista entre 1945 y 1950. Si el Politburó hubiese fingido pacifismo y liberalismo, como la Alemania de Stressemann, dentro de diez o quince años podíamos haber sido sorprendidos por una agresión comunista a un mundo occidental enteramente desarmado.

JULIO IRAZUSTA



AFFAIRE RIVADAVIA

Fidel López se ocupó de la cuestión y no dejó muy bien parado a Rivadavia.

En realidad, la definición de San Martín sobre Rivadavia es harto explícita para admitir dudas al respecto. "Desprecio tanto sus groseras imposturas como su innoble persona" escribe en 1827 el Libertador argentino al General O'Higgins, refiriéndose al ministro de Martín Rodríguez. En otras cartas atribuye a la animadversión de Rivadavia el no haber ofrecido sus servicios militares al país durante la guerra con el Imperio del Brasil. Llega a imputarle la necesidad de dejar América para refugiarse en el Viejo Mundo. Expresa que no se vengará de Rivadavia para hacer notar la diferencia existente entre un malvado y un hombre de bien. En otra ocasión llega a decir que "su administración fué desastrosa", etc.

Hasta aquí no habría dificultad alguna, pues el juicio de San Martín sobre Rivadavia se manifestaba con unidad, sin contradicciones y se traducía en el repudio más absoluto a la persona, la conducta y la actuación de Rivadavia. Pero se descubrió una carta dirigida por San Martín al General Guido, en donde afirma que "sólo pícaros consumados no serán capaces de estar satisfechos con su administración, la mejor que se ha conocido en América".

Los historiadores liberales supérstites dieron un brinco de alegría —dentro de las escasas posibilidades de su estado gotoso y reumático— y de la misma manera como antepusieron la carta a Goyo Gómez por sobre varias otras en el caso "San Martín-Rosas", declararon en esta oportunidad que el único juicio sanmartiniano válido sobre Rivadavia era el de la carta a Guido. La actitud del Libertador resultaba inexplicable, pues en la época que escribía a Guido ya estaba al tanto de los manejos de Rivadavia (soborno a la servidumbre de San Martín, violación de su correspondencia, etc.).

Altamira dió con la solución exacta y lógica. San Martín vertió conceptos tan elogiosos acerca de su enemigo para someterlo a una treta ingeniosa, por medio de la cual conseguiría hacer creer a Rivadavia —y a más de un historiador miope— que lo admiraba, y lograría que el intrigante personaje dejara de importunarle por algún tiempo. En este hallazgo finca —a nuestro parecer— el mérito primordial del autor.

Por otra parte, campea en todas y en cada una de las páginas del libro la perpetua y simbólica oposición entre los caracteres de Rivadavia y San Martín. De un lado la insidia y la doblez. Del otro la caballerosidad y la hidalguía. El Libertador hizo caso omiso de los desmanes de su rival. No en vano podía exclamar como O'Higgins: "¡Despreciar la calumnia y no cargar sobre el ruido ha sido siempre nuestra divisa!".

GUSTAVO FERRARI PANARIO

LA NACION ABSURDA QUE QUIERE "LA NACION"

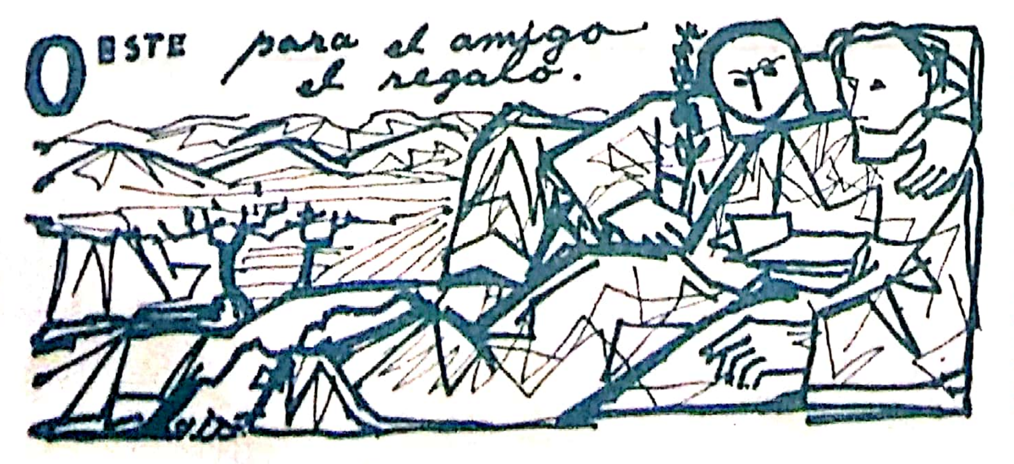
La humanidad argentina se divide en dos categorías: los que leen "La Nación" (que son los bien) y los que prefieren "La Prensa" (que son los mal). Los lectores de "Democracia" y de PRESENCIA están más allá del bien y del mal.

Para presumir de fino me hago llevar todas las mañanas "La Nación" junto con el desayuno, de suerte que digiero a un mismo tiempo los editoriales de la "tribuna de doctrina" y el café con leche. No sé si por el doble efecto de ese alimento material y espiritual mi médico viene insistiendo en que tome boldo y lea "El Pueblo", que es a "La Nación" lo que el boldo al café con leche. Mas como también padezco de rutinarismo me quedo con el diario de don Bartolo, al que estoy acostumbrado desde que lo leían mis abuelos, padres y tíos desde ochenta y pico de años atrás. Y por eso me entero, no sólo de los difuntos y del grafodrama, sino de muchas otras cosas; entre ellas (número del viernes 10 del mes pasado) de las bravas aunque incruentas victorias que los revisionistas están consiguiendo contra los pocos próceres —Sarmiento, Urquiza, Mitre, Rivadavia— cuyas estatuas adornan habitualmente nuestros parques y paseos.

Aún suponiendo que los autores de los desmanes no fuesen inducidos o pagados por los interesados en desprestigiar el revisionismo histórico, uno diría que no es para tanto editorial episodios que suceden hasta en las ciudades más cultas de la Europa, porque bárbaros mayores de edad y chicos traviesos los hay en todas partes, y la pérdida de aditamentos nasales o auriculares, o tiznes con palabras peores que caramba, parecen ser los gajes inevitables del oficio de estatua. Impedirlo equivaldría a prohibir que los perros utilizaran los faroles públicos para los quehaceres propios de su sexo.

Pero "La Nación", con suspicacia de policía secreto, descubre en el deporte antimarmóreo y anabrenceo siniestras manifestaciones del depravado revisionismo histórico con proyecciones políticas, y haciendo —*ungentlemanly*— caso omiso de la "Gente Decente" que hay también en el otro campo, supone que todos los que creen que la historia puede ponerse al día con alguna imparcialidad y nueva documentación conspiran contra las tradiciones argentinas. No negamos que pueda haber algo de eso; aquí en PRESENCIA lo hemos señalado en más de una ocasión. Es muy posible que muchos arremetan contra los próceres, no por disentir de sus a menudo equivocadas ideas y actos políticos, sino sobre todo porque representan la verdadera familia argentina, la de los criollos auténticos, divorciados de las nuevas generaciones de "recién venidos" o de "cabecitas negras" por la raza, la cultura, las costumbres y las maneras.

Por ahí el editorialista, como si hubiese leído a Narciso Hernández (Nº 24 de PRESENCIA) señala el reciente origen extranjero de algunos iconoclastas. Y aplaudiríamos este inesperado aunque tardío reconocimiento de la realidad nacional si los antecedentes de "La Nación" no nos convencieran de que bajo la apariencia de sensatez patriótica y de sensibilidad herida se trae otra cosa bajo el poncho: nada menos que una andanada de piedras; algunas para erigir basamentos a sus ídolos de siempre y otras para tirárselas por la cabeza a cualquiera que se atreva a pensar por su cuenta acerca del estrecho santoral laico que venera "La Nación". Actitud que en definitiva es la del reo de bajo fondo cuyo sal-



vajismo primario no variaría un ápice si el blanco de su bomba de alquitrán fuese Rosas, pongamos por caso, en vez de Mitre; en el supuesto, claro está, que se levantaran monumentos al glorioso defensor de la Argentina contra la agresión extranjera y que "La Nación" permitiera el homenaje sin armar una escena de inquilina de conventillo ofendida; como la vez pasada lo hizo con Alberdi.

El celo de centinela alerta con que "La Nación" vigila nuestro pasado cobraría jerarquía si la historia adocenada que defiende obcecadamente no estuviese integrada por santulones irreprochables (los con estatua) y perversos sin abuela (los sin estatua); planteo pueril, aunque a veces simpático, de señora que defiende al marido en rencillas domésticas. Quizás algún día llegue a comprender la contradicción raigal que ahora padece a cada rato.

Pues "La Nación", en cuanto tribuna de doctrina, no parece advertir todavía que la postura revolucionaria izquierdista (que era en suma, en las ideas sino en los hechos, la de nuestros abuelos liberales) importa hoy día continuar con un ritmo creciente sovietófilo que lleva a eso mismo que "La Nación", sociedad anónima de la que vive una familia respetable y arraigada, quisiera evitar. Pues cuando "La Nación", tribuna de doctrina recalcitrantemente francmasónica, añora las repúblicas rojas de España o de Portugal; o loa a los Rómulo Gallegos o a los *maquisards* astur-franceses, va contra los intereses inmediatos de los accionistas de la sociedad anónima "La Nación" y de sus subscriptores, por lo general enemigos de las demagogias comunizantes. Y cuando "La Nación" intenta congelar la historia argentina como si fuese un alquiler justicialista, no hace otra cosa que intentar congelar la actividad intelectual y ese cambiar de modas y modos que antaño ella misma llamaba "progreso". Malo es estereotiparse porque equivale a repetirse, y ya sabemos que repetirse es síntoma de chochera y aún de otro nombre más severo.

Me duele que el único diario de la genuina sociedad porteña descaezca de su antiguo estamento de guía cultural de la opinión ilustrada, cuyo cetro mantuvo largos años. Pero sin simpatía ya por las novedades, empedernida en su postura "*fin de siècle*", con la mayor parte de sus telegramas escritos en cocoliche porque carece de corresponsales criollos o españoles; perdido el aticismo vernáculo porque no tiene otro estilo que el de su nuevo personal (más bien reclutado en Tel Aviv que en Buenos Aires), persiste en dar vueltas a la noria inveterada que servía para regar el campo ideológico allá por mil ochocientos y tantos; cuando el Zar se estaba en Rusia tan orondo y los "rusos" todavía no ocupaban la Argentina.

A veces pienso que en el secreto de la alcoba, los redactores de "La Nación" leen "La Prensa"...

MARCOS GUTIÉRREZ VARGAS

EL LLAMADO PONTIFICIO

Pío XII será o no el Pastor Angelicus de la profecía atribuida a Malaquías, podrá o no ser el Papa del gran resurgimiento cristiano precursor de la catástrofe final y de la subsiguiente instauración del Reinado universal, imperecedero e indiscutido de Cristo, pero evidentemente es el Pontífice de la Paz... El Pontífice que, levantándose sobre la marea de los odios internacionales, de los resentimientos sociales, de las pasiones desatadas y del general descalabro del orden y de la Justicia, día a día, minuto a minuto, recuerda al mundo la necesidad de ajustar a los preceptos de la ley natural y de volver a cimentar en la caridad cristiana cuanto se pretenda construir en defensa de la humanidad y de sus derechos. Y, como maestro auténtico, no se cansa de repetir al hombre moderno, socializado, masificado, desprovisto casi del más elemental sentido de su dignidad personal, que no bastan los remedios colectivos, ni valen un ardite los esfuerzos estatales, cuando se descuidan los deberes personales de cada uno para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo, o se olvida que la familia es la base del orden social.

De ahí que, a la mañana siguiente de la definición dogmática de la Asunción de María Santísima, al recibir en audiencia solemne a los prelados congregados en Roma, el Padre Santo insistiera en tres aspectos fundamentales de la situación contemporánea e impetrara de la Reina del Cielo su poderosísima intercesión para alcanzar el adecuado remedio. Recalcando la necesidad de llegar a una paz verdadera, rechazó los infundios que pretenden presentarle como enemigo de unos pueblos y auxiliar de los otros. Mostró luego la ineludible necesidad de compensar con voluntaria penitencia la extendida relajación del ayuno, ya que la esencia demoníaca de los males que aquejan a la humanidad de hoy hace necesario recordar que, como dijo el Divino Maestro, los demonios sólo pueden ser vencidos mediante la oración y el ayuno. Y, finalmente, se detuvo a considerar en particular el estado en que se encuentran la familia y el matrimonio, que puso bajo la especial protección de Nuestra Señora.

Demás estaría ponderar la actualidad que aquí, en la República Argentina, tiene cuanto el Pontífice ha dicho sobre los tres aspectos señalados. En otras oportunidades nos hemos ocupado del problema de la paz y de la falta de espíritu de penitencia; corresponde ahora reflexionar sobre el estado de la familia y ver en qué medida nos son aplicables las advertencias contenidas en el citado discurso. Tiempo es ya de desengañarnos y de llamar las cosas por su nombre.

Es evidente que la pornografía vulgar, la grosera exhibición de lo obsceno, tiene numerosos cultores en esta parte del planeta. Bastaría examinar con ligero detenimiento los kioskos, escaparates y carteles de propaganda para percatarse de ello. Y no es lo menos grave del caso que, hasta para convencer a sus clientes, los comerciantes hayan de recurrir a mil sucedáneos de la pornografía. La incesante acción psíquica que en esa forma se ejerce sobre las gentes, va minando las bases morales de la sexualidad que constituyen precisamente el fundamento natural del matrimonio. La voz de alerta del Papa sobre la proliferación de las publicaciones de orden semejante ha sido dicha, pues, para nosotros; y otro tanto cabría agregar sobre la difusión de libros pseudocientíficos... ¡Buenos Aires está plagado de trataditos y ensayos de corte freudiano!

Pero la obcenidad de las unas y la malicia notoria de los otros les quita, en cierta medida, peligrosidad; al menos, si no para los adolescentes, para el público adulto en general. Sucede con todo ello algo semejante a lo que decía San Agustín sobre el demonio, que, encadenado por Cristo, sólo puede morder a los tontos que se le arriman demasiado. En cambio, mucho más peligroso y no menos difundido es otro género de publicaciones, justamente aludido por el Padre Santo cuando dice: "Indecoroso resulta que los cultores de la ciencia o de algún arte útilmente conocido por ellos, lo manifiesten imprudentemente a sus clientes, no sin daño del cuerpo y del alma. Pues es de cuidar que no se extienda la errada opinión que prevaleciera en tiempos del "iluminismo", según la cual el simple conocer sería causa de que el hombre y sus acciones se hiciesen buenos. Opinar lo cual, si siempre fué peligroso, en estas cosas resulta fatal"... Y tomen aquí nota los propagandistas de la medicina social, los corifeos de la educación sexual y hasta los muy piadosos sostenedores de la conveniencia de la iniciación de la niñez en los "misterios de la vida".

Si en ello parasen los ataques contra las bases de la familia, la situación, si grave, no sería de tan urgente remedio. Pero la legislación y las costumbres afectan ya a los fundamentos jurídicos de la institución matrimonial. Se ha escrito mucho sobre las perniciosas e inevitables consecuencias de las leyes laicas, vigentes en la Argentina desde más de medio siglo atrás, y sobre la necesidad de oponerse a cualquier tentativa de implantación del divorcio civil. Pero muy poco se ha dicho de la difusión que entre los nuevos ricos va tomando el divorcio a lo protestante, y de un punto más grave aún, como es el progresivo desprecio de las clases bajas hacia el matrimonio mismo y su indisolubilidad. Diríase que la barbarie precolombina busca su desquite... Como síntoma, baste señalar la concepción materialista de la llamada "familia obrera", tal como se la encara en algunos recientes fallos de tribunales argentinos y en ciertos "estatutos" o convenios de trabajo donde se desconoce que separar a la familia de la ley divina es sacarla de quicio. Pío XII ha querido recordar la incesante prédica de la Iglesia al respecto, así como la imposibilidad de querer estructurar el matrimonio sobre otras bases. Ni siquiera lo natural para el hombre, lo humano, es el desenfreno de los instintos propugnado por el materialismo moderno, a tal punto que no podría alcanzarse ni la felicidad eterna ni el verdadero bien temporal fuera del acatamiento de la ley de Dios.

Los ataques contemporáneos contra el matrimonio no consisten sólo en impedir su existencia o en bregar por su disolución. Hay toda una serie de acechanzas más sutiles, más difíciles de percibir en medios de suyo frívolos, poco dados a vivir con intenso acatamiento los preceptos divinos y entre los cuales fácilmente se traba el desenvolvimiento honesto de la vida matrimonial. Por eso el Papa insta a los pastores que no callen ante las insistentes violaciones de esos preceptos y que salgan al paso de los socorridos argumentos fundados en la escasez de recursos y en las sinnúmeras dificultades de orden doméstico.

Mas no se contenta el Pontífice con censurar el malthusianismo que tantos estragos ha hecho en nuestra clase media y que cunde ahora por arriba y por abajo. Pío XII señala uno de los más difundidos eufemismos en boga, bajo cuyo rótulo se ocultan auténticas lacras morales: la "seguridad social". Con semejante pretexto, el estado moderno se erige en tutor de la vida de familia y lleva a sus últimas consecuencias el criterio laico que dirige sus acciones. La palabra "social" es uno de los "tabú" del mundo de hoy y con ella el estado, con su cortejo de inspectores, asistentes, visitadores, consejeros, etc., penetra hasta en los últimos rincones del hogar. Por eso es útil que se nos recuerde que "para los cristianos y en general para quienes creen en Dios, la seguridad social no puede ser sino la seguridad en la sociedad y con la sociedad, en la que la vida natural del hombre y el natural origen y desarrollo del matrimonio y la familia sean como el fundamento, basado en el cual, la sociedad misma ejerza ordenada y seguramente sus atributos".

Pero vano sería luchar con los simples recursos del hombre. Aquí, en la Argentina, no pocos lo han visto, y cunden ya algunos ensayos de apostolado familiar sellados bajo el signo de la oración y de la cordial convivencia cristiana. El Papa en la alocución que comentamos, con ese admirable don de síntesis que le caracteriza, en su tercera petición a la Reina del Cielo ha concretado los remedios y la forma de obtenerlos: "Quiera María, con su poderosísima intercesión suplicar a Dios, Creador y Redentor, que los hombres vuelvan a la excelsa forma del matrimonio, cual El la quiso y la instituyó, venerable, y que todos los hijos de la Iglesia siempre y solamente concierten con las riquezas del Sacramento los pactos nupciales, y que, en su casto connubio, representen, como una sagrada imagen, la admirable unión de Cristo y la Iglesia".

BOANERGES

OTRO TOMO SOBRE ROSAS

Si el prestigio de un escritor dependiera del valor de sus obras, el del historiador Julio Irazusta debería ser universal. Pues el señor Irazusta no es ni de esos eruditos exhumadores de archivos cuya sobreabundancia anemia el pensamiento, ni literato de la historia ejemplo de las desatinadas subversiones de las letras modernas, ni investigador anodino o improvisador de encomios infundados o de escarnios tan virulentos cuanto irresponsables, ni panfletista de bandera preconcebida por herencia, facción, prejuicios o intereses. Con su gran pasión que juega como atajo único para la verdad, nuestro autor es un historiador esclarecido y esclarecedor. Posee saber vastísimo, análisis profundo, juicio ecuánime y sereno, mano maestra para razonar la historia con aquélla principal perfección de *l'ordre et l'arrangement* que Fenelon exigía a todo historiador de genio en su *Projet d'un traité sur l'histoire*. Todas dichas calidades han sido probadas en su *Vida política de Rosas a través de su correspondencia*, cuyo cuarto tomo, que el autor acaba de brindar al público lector, nos ocupará aquí.

Los hechos historiados en este tomo de la obra de Irazusta corren entre los años 1843 y 1845, aunque respecto algunos de ellos el historiador recurre a antecedentes anteriores por razones metodológicas. En parte por su gran variedad, en parte por el método de la obra —consistente en reproducir los documentos de Rosas y sus colaboradores seguidos de comentarios del autor— resulta difícil hacer un resumen del tomo. Por ello escogeremos algunos pasajes sin que esto implique subestimar otros.

En el capítulo IV, Irazusta reproduce varias cartas de Rosas a su ministro don Felipe Arana que muestran la manera en que eran manejados los asuntos exteriores de la Confederación. La política del Dictador se desenvolvía en un régimen de discusión en el que aquél "consultando entre ellos (sus cola- "boradores), examinando los pro- "blemas por todos lados, aportan- "do cada uno las sugestiones per- "sonales sin pretender imponerlas "ni cerrarse a las del otro", decidía todas las cuestiones de su gobierno. El autor sostiene que nada hay en la "cocina" del gobierno argentino que desdiga de los mejores ejemplos de discusión política observados en los gobiernos extranjeros contemporáneos de Rosas. Y añade que la diferencia más apreciable consiste en que mientras en los casos extranjeros la superioridad intelectual correspondía a los ministros, en el nacional cúpole al Jefe del Estado. (Un desarrollo más amplio de esta tesis se hallará en el capítulo VI del *Ensayo sobre Rosas*).

Prueba de la política americanista de Rosas son los hechos que Irazusta expone acerca del asesinato de un inglés en la Banda oriental controlada por el ejército de Oribe, ocurrido pendiente el entredicho diplomático promovido por los atropellos de Purvis. El ministro de Gran Bretaña residente en Buenos Aires, Mr. Mandeville, formuló la reclamación ante el ministro Arana y este elevó el expediente al Jefe del Estado acompañando un proyecto de contestación. Rosas manifiesta su disconformidad con la forma en que Arana encara el pleito en una carta que dice: "Sor. D. Felipe Arana. Mi querido amigo: Le devuelvo este asunto por- "que no estoy conforme con la "contestación; y porque lo consi- "dero delicado.

"Vd. sabe que este gobierno ha "cuidado mucho no ingerirse en "los más pequeño correspondiente "a la autoridad legal del Estado "oriental. ¿Cómo aparecer contes- "tando de ese modo? ¿Como diri- "giéndose así al Presidente legal "del Estado oriental? ¿Por qué el "Ministro de Su Majestad Britá- "nica se ha de dirigir con este "asunto a este gobierno? ¿Manda "acaso en el Presidente Oribe des- "de que pasó al Estado Oriental? "Si el Excelentísimo Señor Minis- "tro de Su Majestad Británica no "puede o no estima conveniente "ocurrir a él como a presidente, ni "como a autoridad bajo cuyas ór- "denes está el territorio donde se "ha cometido ese asesinato, este "gobierno tampoco puede entender "en semejante asunto cuando el "general Oribe ni como presidente, "ni como jefe del Ejército que "manda está ni puede estar bajo "sus órdenes...".

Este mayor celo e inteligencia de los problemas de gobierno de don Juan Manuel sobre sus colaboradores se vuelve a mostrar con motivo de un borrador de contestación de Arana al Comisionado paraguayo que había venido a gestionar el reconocimiento de la independencia de su país, borrador en el cual Rosas pone tachaduras y agregados de modo de cambiar el tratamiento de "Comisionado de la *República* del Paraguay" proyectado por Arana —lo cual significaba consentir al gestor el objeto de su misión— por el de "Comisionado del Excmo. *Gobierno* del Paraguay" con el que en definitivas sale el despacho. En el mismo pasaje de la obra (cap. VII) se reproduce una carta de Arana a Guido donde se vuelve a mostrar la política americanista de Rosas: "Tan per- "suadido está (el comisionado) "—dice Arana— de lo que impor- "ta a ambos países la incorpora- "ción del Paragay a la Confede- "ración, que me ha dicho coope- "rará en ese mismo sentido y que "espera diferirán los S.S. Cónsu- "les. Por supuesto que se le ha ase- "gurado que el Gobierno de Bue- "nos Aires jamás pretenderá obli- "gar con armas a aquél país a "que entre en la Confederación...". El pasaje revela además el poder persuasivo de Rosas sobre los representantes de otros gobiernos y su convencimiento de que el único camino para mantener la solidez de la Confederación residía en el libre consentimiento de los gobiernos que quisieran participar en ella.

En los capítulos VIII y IX el autor trata el sistema propagandístico de Rosas. Transcribe una carta de éste a Guido, del año 1835, motivada por unos infundios publicados en Francia contra el régimen argentino, en la cual expresa no haberse resuelto "a tomar parte "directa en la defensa, esperando "que mis paisanos los literatos "amantes del honor nacional y mis "amigos co(nv)atirán de frente la "impostura, sosteniendo la digni- "dad argentina y la de sus bue- "nos hijos". Irazusta comenta que Manuel Moreno tardaría varios años en aplicarse a contestar las imposturas antirrosistas y Guido no recogería la insinuación que le hiciera el remitente. No obstante ello, el primero seguiría en su puesto de ministro en Europa hasta 1852 y el segundo sería nombrado ministro en las naciones del Pacífico y luego en el Imperio del Brasil, lo que prueba que Rosas no ponía las alabanzas a su persona como condición indispensable para obtener o conservar los altos cargos del Estado.

Hay en estos capítulos, admirablemente compuestos, un inteligente estudio sobre el napolitano Pedro de Angelis, autor del *Archivo Americano*, y un incisivo análisis sobre Rivera Indarte. Además, el autor resalta la importancia del pensamiento político desenvuelto en la *Gaceta Mercantil*, al parecer inadvertido por nuestros historiadores. Tal por ejemplo la *Contestación a la Revista de los Dos Mundos* que había publicado *Las cartas del viajero*, desmedrosas para el país. Señala también que con ese trabajo la *Gaceta Mercantil* inauguró el método de no omitir diatriba extranjera alguna contra la Confederación, transcribiendo su texto íntegro en castellano para luego refutarlo, lo cual resulta caso único en la historia.

El capítulo II constituye un admirable esfuerzo del autor para esclarecer la política seguida por Rosas frente a la Compañía de Jesús. La materia es asaz delicada y exigiría un comentario aparte, especialmente por la posición regalista que Rosas parece haber asumido en todo momento. Los aportes de Irazusta sobre esta difícil materia son notables no sólo por las fuentes sino también por el dominio que demuestra tener de las circunstancias históricas del momento y el agudo sentido de su hermenéutica, como por ejemplo en el examen de la historia narrada por los padres Berdugo y Pérez. El autor señala el decreto de Rosas de 1836 por el cual se restablecía oficialmente en el país a la Compañía de Jesús y se la autorizaba a vivir en comunidad "conforme a su regla", decreto que constituye la primera revocación de la pragmática de Carlos III. Expone con la mayor objetividad el conflicto entre el jefe del Estado y la compañía, que acaba con su expulsión de Buenos Aires. Añade que el decreto de expulsión no puede compararse con el de Carlos III, que los extrañó a Europa a todos a la vez, sin darles tiempo a prepararse para el viaje, mientras Rosas les otorgaba pasaporte cuando se lo pedían, lo que indica que el territorio nacional podía ser abandonado voluntariamente. Señala que posteriormente Rosas consintió en forma expresa a sus colegas de las provincias la admisión de los jesuítas que habían sido expulsados por los gobiernos vecinos, hecho reconocido por el propio padre Pérez. Pero el cuadro histórico que Irazusta presenta mediante el examen de las extremosas circunstancias interiores y especialmente exteriores a que Rosas se vió sometido durante el conflicto con la Compañía de Jesús no basta, a mi juicio, para dispensar al dictador de los errores regalistas con que pecó desde la entrada de los jesuítas al país. El recurso del autor de extraer ejemplos de la historia de los conflictos entre los poderes espiritual y temporal, aunque estimables para disminuir la responsabilidad del estadista argentino, no alcanzan para declararlo exento de la misma por haber sobrepuesto la jurisdicción del Estado a la espiritual. Tal el caso del juramento que el gobierno impuso al nuevo obispo de San Juan con anterioridad al conflicto y que se transcribe íntegramente.

Merecen justo elogio la destreza con que Irazusta maneja la historia diplomática del siglo XIX y sus comentarios a las cartas de los ministros en el exterior de la Confederación. El autor llama la atención en su obra sobre la eficiencia diplomática de Guido, Alvear, y especialmente de Moreno y Sarratea cuyas piezas, aun la mayor parte inéditas, constituyen lo más notable de nuestra diplomacia al par que en nada ceden a la de los grandes diplomáticos europeos contemporáneos de la dictadura.

En fin. Con este cuarto tomo don Julio Irazusta va completando su obra sobre la vida política del gran estadista argentino. El mérito de la misma sólo va siendo igualable en lo grande a lo que en la pequeñez es la historia oficial.

TOMÁS INFANTE

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Venezuela 649 — T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz. San Juan 3875. Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$	1.—
Número atrasado	„	2.—
Colección del año 1949	„	30.—
Colección encuadernada del año 1949	„	40.—
Suscripción anual	„	24.—

UN LIBRO DEL PADRE GARRIGOU-LAGRANGE

La joven Editorial Emecé, que tan importantes servicios a la cultura del país viene prestando, acaba de presentar al público una traducción española de la primera parte de la obra: "Dieu, son Existence et sa Nature", del P. Reginaldo Garrigou-Lagrange, O. P., fruto de los esfuerzos del señor José San Román Villasante, su traductor.

No es necesario presentar al autor, suficientemente conocido del público argentino, ni encarecer la importancia del tema. Nuestra nota tiene carácter puramente informativo, aunque esto no impide que hagamos resaltar el valor de una re-actualización de las soluciones tomistas frente a las corrientes agnósticas e irracionalistas, que pretenden destruir o debilitar las pruebas de la existencia de Dios.

En "Dios, La Existencia de Dios", tenemos efectivamente "actualizadas" las soluciones tomistas, frente al agnosticismo contemporáneo: tenemos una respuesta vigorosa y documentada a las incertidumbres y contradicciones que han venido a terminar en el estado enfermizo del alma contemporánea.

Se ha hecho un lugar común hablar de crisis de la cultura o crisis de la inteligencia. Se ha hecho tan común que nos hemos acostumbrado al mal, y nos parece la normalidad. El hombre moderno se ha familiarizado con el error. A la verdad la teme, la odia, o parece que le chocara. Para Heráclito o Parménides la vida de la inteligencia era un esfuerzo siempre renovado por alcanzar la verdad. Una sola cosa es lo sabio, dice el primero, alcanzar la verdad que lo dirige todo a través de todo. Virgil Gheorghieu, en "La Hora Veinticinco", cuenta las últimas horas que le quedan de vida a un mundo familiarizado y consustancializado con el error.

El P. Garrigou-Lagrange combate el agnosticismo en sus raíces kantianas y positivistas, refutando vigorosamente los nuevos brotes del agnoticismo evolucionista en Bergson, Blondel y Le Roy. Todos ellos, como todo agnosticismo, apuntan a negar "toda certeza objetiva suficiente de la existencia de Dios". Contra todo escepticismo agnóstico, G. L. reivindica el valor de la inteligencia, el valor de los primeros principios de razón, y la sólida arquitectura de las cinco vías de Santo Tomás.

La doctrina expuesta muestra su solidez cuando la podemos oponer a las formas modernas del egnoticismo existencialista de un Gabriel Marcel y al evolucionismo de Teilhard de Chardin, para no mencionar más que los errores aparecidos en el campo católico. Así como Blondel llegaba a Dios por "la opción intelectual", acto voluntario que completaba el valor de las pruebas racionales de la existencia de Dios, Marcel llega por el recogimiento. El "recogimiento" significa el fracaso de la razón especulativa frente al problema de Dios, y la entrega de sus armas y bagajes a las fuerzas instintivas y ciegas de la afectividad para que ellas penetren en "el misterio ontológico", y postulen a Dios como una exigencia práctica.

Irracionalismo y fideísmo, problematicidad de la existencia de Dios, ausencia de certeza metafísica, negación del valor demostrativo de la razón, subjetivismo especulativo, son el patrimonio intelectual del moderno existencialismo católico. Frente a la difusión de la literatura existencialista, vistosa y vacía, un libro como el que reseñamos puede ser de gran utilidad.

El agnosticismo, ya que estamos en el tema, no ha terminado y va continuar apareciendo en la historia. El agnosticismo es diabólico; es un efecto del odio por la verdad, que existe como fondo común, en el pensamiento moderno enemigo de la Iglesia.

Un examen de la marcha dialéctica del protestantismo al kantismo, y de éste al neokantismo, muestra sus esfuerzos desesperados por evitar el realismo, que le sale al cruce en todos los caminos como solución a sus propias dificultades. Husserl llega a las puertas del realismo; pero huye de él, engolfándose de nuevo en el idealismo. Scheler ha visto la inanidad de una ética subjetivista; los valores son un subterfugio para poder hablar de los tópicos de una ética realista, permaneciendo subjetivista. Heidegger, N. Hartmann, reconocen la necesidad de objetividad que tiene la metafísica; pero estiman al realismo como algo que se debe evitar. Los católicos que hemos mencionado en primer término, también tienen el realismo como algo que de todos modos debe evitarse.

Existe, entre los filósofos profesionales, una especie de odio social contra la inteligencia. Es permitido hablar de todo, con tal que no se refiera a nada real, verdaderamente importante para la vida del hombre. No queremos decir que todos los filósofos disidentes participen formalmente de *este* odio. Muchos de ellos participan de sus efectos históricos, que quedan como tradición.

Este odio por la verdad, crece sobre todo en el clima del protestantismo. Es en última instancia odio contra Cristo y contra Dios. Se huye de la verdad, porque se está sujeto al "padre de la mentira".

El agnosticismo seguirá pues reapareciendo de vez en cuando, a pesar de ser antinatural y violento al hombre por la acción diabólica en el mundo. Dicha acción es un plan maravillosamente trazado, para hacer del error un bien social, aunque el Demonio se ha hecho excluir de la Sociología.

El infierno es el lugar del desorden; nullus ordo et sempiternus horror inhabitat, dice el Libro de Job. Sabe el Demonio por experiencia, que la primera ruptura, de la que fué actor, fué un rompimiento con el orden; un rompimiento con la Sabiduría, causa del orden. Todo orden lleva el sello de Dios, y conduce a Dios; sobre todo el orden superior que es el de la inteligencia. El desorden es el mal de la inteligencia.

La voluntad diabólica, obstinada en el mal (I, 64, a. 2), apetece sobre todo el mal de la inteligencia. Dicha apetencia se proyecta también en sus efectos temporales sobre la inteligencia del hombre por la tentación (I, 64, a. 4). El mal para la inteligencia humana es no ver la verdad; separarse de la verdad, la familiaridad y convivencia con el error. De allí que la tentación demoníaca sobre la inteligencia humana sea algún modo de indisposición moral contra la verdad[1]. Esta indisposición moral nace en el hombre que por el pecado se aleja de Dios. Esto es lo que explica el agnosticismo. No es una explicación filosófica. Es una explicación teológica, que toca a su génesis. Es también la explicación que nos dice por qué, a pesar de refutado y anti-natural el agnosticismo siempre reaparece.

A. G. V.

[1] En I. II., 80 trata S. T. cómo el demonio puede ser causa del pecado en el hombre. No puede mover directamente la voluntad; pues el hombre no sería libre. Puede moverla indirectamente por vía de persuasión o proposición de lo apetecible, oscureciendo la inteligencia o excitando la imaginación.

SOBRE GIOVANNI PASCOLI

Con Carducci y D'Annunzio, Giovanni Pascoli integra el terceto más ilustre de la moderna poesía en lengua italiana. De los tres, D'Annuzio es el que ha conseguido mayor difusión en los países del orbe hispánico, favorecido, claro está por sus brillantes anécdotas bélicogalantes de gran señor del Renacimiento. Es también él quien más notoriamente ha influído sobre nuestra literatura, muy principalmente a través de Valle Inclán y García Lorca. De Pascoli, en cambio, apenas se conocen algunos episodios decididamente patéticos.

Pero sin desdeñar las anécdotas y los episodios, lo que particularmente debe interesarnos es la *obra* del poeta. De esta obra dice, y dice mucho y bien, la señorita Alma Novella Marani en su tesis doctoral, que ahora publica la Universidad de La Plata, con el título "La poesía de Giovanni Pascoli". Y conste que no era esto fácil, porque si bien entre nosotros sólo se han ocupado de Pascoli, que sepamos, los profesores Rafael Alberto Arrieta y Gerardo Marone, corre por Italia una lujosa bibliografía, en libros y artículos, ilustrada con los nombres de Croce, Papini, D'Annunzio, Renato Serra, Pietro Pancrazi y Sem Benelli.

Comienza la autora estableciendo la trayectoria vital del poeta y las influencias recibidas en esa primera etapa en que todo se configura y se carga de futuro, hace ver luego la excelencia de su lírica y la contrapone a los desfallecimientos de lo que llama su poesía civil, tan por debajo de la épica de Carducci o de D'Annunzio, y analiza a continuación los *Poemi Conviviali*, deliciosa recreación de los temas de la antigüedad.

Los tres últimos capítulos están dedicados a la *weltanschauung* de Giovanni Pascoli; a su concepción estética, bastante pobre y, cosa no rara en un artista, muy inferior a su realización poética; y por fin a su expresión verbal, fragmentaria y sugerente, aunque casi siempre respetuosa de los metros tradicionales.

La señorita Marani cumple, a lo largo de todo el libro, con la primera obligación del crítico, que consiste en *oír al poeta*, sin dejarse llevar por la visión de los otros críticos ni por eso desdeñar su opinión cuando es valiosa. Las citas, extensas y frecuentes, comentadas con amorosa disciplina, facilitan el acceso a la intimidad del autor de *Myricae*, tan llena de sosiego y de silencio.

T. B.

SUMARIO